

-¿Qué tal está tu madre? – le pregunta la anciana del parque.

Alejandra no conoce a la mujer y no dice nada. Su abuelo le ha repetido cientos de veces que no debe hablar con extraños, pero aunque la conociera tampoco habría podido contestar ya que ignora la respuesta. La niña sabe cosas. Sabe, por ejemplo, cuáles son sus apellidos, cuál es la dirección de la casa en la que vive con sus padres y su perro Max, sabe el nombre de más diez dinosaurios y cómo anudarse los cordones de los botines, pero lo que la niña no sabe es cómo está su madre, últimamente ni siquiera sabe cómo es su madre, de modo que se encoge de hombros y guarda silencio.

-Está mejor, gracias por preguntar – dice el padre de Alejandra, acercándose, llegando a tiempo, como siempre, para salvar a su hija de esa conversación que ella no desea mantener. La niña se aferra a la pierna de su padre, esquivando los dedos de la anciana, que le buscan las mejillas. Alejandra la observa, agazapada tras su flequillo, y ve en la mujer esa expresión idéntica, a medio camino entre la sorpresa, la pena y la rabia, a la que han dibujado en sus rostros durante los últimos meses todos los adultos que se han dirigido a ella en alguna ocasión. Por qué la miran así, se pregunta Alejandra. Qué sucede. Qué significan los cuchicheos, y las visitas de familiares a los que antes sólo veía en Nochebuena, y qué se esconde en ese edificio blanco y enorme, rodeado de jardines y ambulancias, al que nunca la dejan entrar.

-Me alegro mucho, me figuro el miedo que habréis pasado – dice la anciana, cabeceando a izquierda y derecha -. Sobre todo tú, pobrecita mía – añade, agachándose levemente hacia la niña. En ese instante, Alejandra se separa de su padre, aprieta los puños, mira fijamente a la mujer y, antes de darse la media vuelta, exclama:

-No, yo nunca tengo miedo.

El camino de regreso a casa es una mentira. Alejandra se ha acostumbrado a disimular, finge estar jugando a no pisar los adoquines blancos del suelo, pero en realidad está pensando tal y como lo hacen, imagina, los mayores cuando se encierran en sus despachos. Trata de descifrar todas las pistas, ignora ese charco que se le ofrece tentador, y los gritos de sus amigos que la llaman para jugar en su misma calle, y la exhibición de pasteles recién hechos en el escaparate de la panadería. Se concentra.

Se concentra.

Se concentra, y gruñe de fastidio al admitir que, por mucho que se esfuerce, no es capaz de encontrar la solución a ese desconcertante enigma que la envuelve.

Una vez se lo preguntó a su abuelo.

-¿Qué le pasa a mamá?

Él abrió mucho los ojos y tras unos segundos eternos balbuceó:

-Que está malita, cariño...

A continuación, el hombre apretó los labios hasta que se le quedaron blancos, como si buscara la manera exacta de pronunciar una palabra, quizá una de esas palabras tan difíciles que Alejandra ha de leer sílaba por sílaba, sin llegar a comprender del todo qué significan, pero terminó por rendirse, agachó la cabeza y abrazó a la niña, durante un rato muy muy largo. A Alejandra le pareció que su abuelo temblaba, o que hacía pucheros como los niños pequeños, y le dio tanta lástima que no quiso girarse para comprobarlo.

-¿Te lo has pasado bien en los columpios? – le pregunta su madre desde el otro extremo del salón.

-Sí – musita la niña. La mira desde lejos, tratando de adivinar sus secretos, el porqué de todos sus cambios. Ya no pasa los días en la cama, y ha dejado de arrastrar los pies al caminar. Su melena aún no es tan larga como lo solía ser en los primeros veranos que Alejandra recuerda, pero hace tiempo que sus sombreros no salen del armario. Ahora ríe sin tener que pararse a toser en cada carcajada, y a veces va a buscarla al colegio, o juega con ella a los camiones en el pasillo, e incluso una tarde la vio bailar con su padre en la cocina. La prefiere así, le gusta más que la recoja con fuerza en su regazo, que la peine, que le lea cuentos al anochecer, y que la encuentre siempre, siempre, siempre que se esconde.

-Voy a ponerme otra ropa – dice la madre antes de comer, y de pronto Alejandra tiene una idea. Sale al jardín de puntillas, le da a Max su mordedor favorito para que se entretenga, coge una banqueta, se sube en ella, y se asoma con cuidado a la ventana del dormitorio de sus padres. Su madre está desnuda y entonces, al ver su pecho plano, completa y extrañamente plano, Alejandra por fin resuelve el misterio. No hay duda, se dice a sí misma, por raro que parezca creo que mamá se está convirtiendo de nuevo en una niña. Una niña como ella. Una niña sin miedo.